

## RESEÑA DE LIBROS

---

BURCKHARDT (J.): *La cultura del Renacimiento en Italia*. Ed. Escelicer, Madrid-Buenos Aires, 1941.

Desde su publicación, el libro de Burckhardt cuyo título encabeza estas líneas alcanzó renombre extraordinario. En general, las obras de este gran historiador tuvieron la rara condición de despertar ya la admiración de sus contemporáneos y, tras ellos, de las generaciones que les han sucedido. Pero, entre todas sus obras, la que se destacó especialmente fué *La cultura del Renacimiento en Italia*, hasta el extremo de que el nombre de Burckhardt es universalmente conocido como autor de ella. Ahora se ha traducido al español por uno de nuestros profesores universitarios de más amplia y rigurosa preparación, José Antonio Rubio.

Y la fortuna excepcional del espléndido libro de Burckhardt no se debe sólo, es justo reconocerlo, a valores externos del mismo, a su lenguaje enjundioso, a los interesantes datos que en él se suministran al lector, a la animada descripción de época tan sugestiva como el Renacimiento italiano y que sólo podía escribir un historiador capaz de afirmar: "en su mayor parte, la Historia sigue siendo, para mí, poesía". Todo eso está, sin duda, en este libro, pero hay mucho más. Lo cierto es que su versión de la cultura del Renacimiento tuvo tal acogida que se difundió rápidamente por todas partes y hoy todavía todas las obras que hacen referencia a esa época utilizan el esquema de Burckhardt en lo fundamental. Ensayos históricos, textos escolares, obras literarias y aun trabajos de investigación hechos a conciencia echan mano, al tener que hablar del Renacimiento, de un resumen de cuanto Burckhardt dijo de él. Si a un europeo culto se le pregunta hoy por el sentido histórico del Renacimiento, contestará invariablemente con palabras de esta obra que comentamos. El descubrimiento del mundo y del hombre y el desarrollo de la personalidad, el resurgir de la antigüedad clásica, la alegría y fastuosidad de la vida social y la gran intensificación de ésta, la mezcla de magia y supersticiones con un

vago sentimiento de religiosidad subjetiva y la debilitación de la fe dogmática son las líneas generales de la visión del Renacimiento que ofrece Burckhardt y que hoy todos conocemos porque la hemos encontrado repetida en todas partes. Pero lo extraordinario de este libro es que en él no se llega a esta concepción de la época renacentista a base de relatar las *ideas* reflexivamente formuladas por unos personajes de primera magnitud, sino analizando el repertorio de *creencias* vigentes en los grupos sociales que vivieron el Renacimiento. Cuando, por ejemplo, nos habla del Estado como de obra de arte y nos asegura que con él surge en la Historia un nuevo ser como creación calculada, consciente, como técnica sabia, pensamos inmediatamente en Maquiavelo, y, sin embargo, mientras una "historia de las ideas" —como de ordinario se han hecho las historias de la cultura— daría una gran extensión a la presencia del difícil e inquietante florentino, el libro de Burckhardt le menciona escasamente. Con una genial inclinación a lo que luego se había de buscar en la ciencia histórica, Burckhardt escribe realmente una historia de las creencias en que se movieron los hombres del Renacimiento.

Este libro de Burckhardt tuvo, junto con otras obras monumentales de la historiografía del siglo anterior, la virtud de incitar al estudio e investigación de épocas decisivas de nuestro pasado, trascendiendo de una simple narración de hechos a la comprensión del sentido cultural de esas épocas pretéritas. Y, naturalmente, cuando esto sucedió se fueron rectificando paso a paso muchas y aun casi todas las afirmaciones de Burckhardt. Y así, Huizinga ha hecho cambiar, en su *Brasmo*, muchos aspectos del humanismo y, en su *Otoño de la Edad Media*, de las formas de vida medievales y renacentistas. Heimsoeth, al historiar el pensamiento filosófico, corrigió la posición relativa en que la filosofía medieval y el Renacimiento quedaban, según la obra que nos ocupa. Burdach hizo resaltar el fondo religioso paulino en los movimientos que convergen en Renacimiento y humanismo. Brandi destacó lo que de conservador hay en el Renacimiento. Gilson, Toffanin, Ercole, etc. han realizado una labor de corrección análoga.

Al mismo tiempo, al intensificarse y depurarse la investiga-

ción de estas materias, muchas de las novedades que Burckhardt señalaba como características del Renacimiento y como base de su definición, han resultado con decisivos antecedentes en siglos anteriores. La influencia de la Antigüedad es tal vez más profunda que en la atracción por la retórica ciceroniana de los humanistas, en la recepción aristotélica que da lugar al tomismo. El desarrollo de la persona es grande en la doctrina del alma y del amor de los victorianos. El amor de las letras y el interés por la naturaleza y su ciencia empírica no es menos vigoroso en los círculos intelectuales ingleses de la Universidad de Oxford. Y hasta alrededor de la noble y vaga figura de Alcuino se ha hablado de un renacimiento carolingio.

Pero no cabe creer que nada de lo dicho por Burckhardt se mantenga hoy en pie. Cuando se han investigado otras ramas de la cultura que aquellas que utilizó este autor, se ha llegado a conclusiones paralelas. El tipo del burgués que Sombart ha descrito, haciendo la historia del capitalismo, corresponde al tipo del renacentista de aquél. Y, además, no hay que olvidar que Burckhardt encerró su tesis en unos límites reducidos, entendiendo esa cultura renacentista que él expone como un fenómeno de la vida italiana en un momento dado. Así, lo que Spengler ha dicho sobre que el Renacimiento es la oposición de una minoría al movimiento de la cultura europea en Italia, en rigor no es una objeción contra este autor, ni tampoco lo de Nietzsche cuando, llevado de su interpretación aristocrática de la historia, asegura que la cultura del Renacimiento se elevaba sobre las espaldas de una legión compuesta escasamente de un centenar de hombres.

Quizá lo que de error hay en la obra de Burckhardt está en su defectuosa comprensión de la Edad Media, que no le permitió valorar exactamente lo que venía detrás y, por ello, y esto tiene aún más interés, lo que se insinuaba del futuro, el imperio de la razón natural. Por eso, para mí, lo mejor de esta gran obra es su primera parte, aquella en que el autor está más próximo a atisbar el advenimiento del racionalismo y cuyo título y tesis es "El Estado como obra de arte", la cual nos ayuda no sólo a comprender a Maquiavelo y aun a Bodino, sino, sobre

todo, a Hobbes, cuyo Leviatán es la magna máquina, la colosal creación del arte, de las facultades del hombre.

Realmente, era necesario que se contara en nuestro idioma con este imprescindible instrumento de trabajo, que es por añadidura una advertencia sobre cómo la técnica de la investigación filológica debe elevarse a una superior comprensión de la historia.

J. A. MARAVALL.

SÁNCHEZ ALONSO (B.): *Historia de la Historiografía española I. Hasta la publicación de la Crónica de Ocampo*. Madrid, 1941. Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, VIII-473 páginas, en 8.º

Ningún investigador de nuestro pasado ignora la benemérita utilidad de las *Puentes de la Historia Española e Hispanoamericana* que publicó hace años (1.ª edición, 1919; 2.ª edición, 1927) el Sr. Sánchez Alonso; gracias a aquella obra, la parte heurística de todo trabajo histórico recibió un poderoso auxilio instrumental cuyas ventajas no se ocultan a nadie. Ahora el Sr. Sánchez Alonso da a luz el primer volumen de otra obra, anunciada hace años, que viene a llenar una laguna importante de nuestra bibliografía. Se trata de la *Historia de la Historiografía española*, y este primer volumen abarca desde los orígenes de nuestra erudición hasta la fecha —1543— de publicación de la *Crónica de Ocampo*.

No pretende el Sr. Sánchez Alonso, distinguidísimo miembro del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas, dar a su obra una estructura de base filosófica —como, por ejemplo, había hecho B. Croce en su *Teoria e Storia della Storiografia*—, sino que con criterio de compilador erudito agrupa, con evidente ventaja para los lectores, los resultados de multitud de estudios monográficos de Cirot, Menéndez Pidal, Pons y Boigues, Amador de los Ríos y otros, aportando también el fruto de propias investigaciones y casi siempre una personal com-

probación de los trabajos ajenos sobre los textos históricos. En tal sentido, la *Historia de la Historiografía española* es utilísima y complemento indispensable de las *Fuentes* arriba citadas, del propio autor. Evidentemente se ha logrado, dentro del terreno de provisionalidad que —como reconoce el Sr. Sánchez Alonso— tienen siempre esta clase de estudios, un estimabilísimo avance en el difícil campo —tan cultivado, entre otros, por D. Ramón Menéndez Pidal— de la crítica de procedencia de las crónicas medievales. También es merecedora de alabanza la zona correspondiente al período de los Reyes Católicos, donde el Sr. Sánchez Alonso enjuicia con detenimiento y fortuna las personales características de cada cronista o historiador. Todo ello, unido al evidente conocimiento de los fondos bibliográficos de nuestra Biblioteca Nacional que posee el autor de esta *Historia de la Historiografía española*, permite augurar grandes aciertos en los volúmenes siguientes de esta obra, que es de desear se prolongue hasta la época contemporánea (zona que por la profusión y heterogeneidad de los materiales históricos aconseja como ninguna el auxilio de acertadas orientaciones bibliográficas), en vez de limitarse —como indica el prólogo— a las obras publicadas hasta fines del siglo XVIII.

Dice modestamente el Sr. Sánchez Alonso que su *Historia de la Historiografía española* es un simple *ensayo*, sujeto a graduales perfeccionamientos en sucesivas ediciones; para cuando llegue el caso me permito sugerir al Sr. Sánchez Alonso la conveniencia de completar la zona correspondiente a la antigua Corona de Aragón. En ella observo lagunas acaso importantes (que ya se notaban en las *Fuentes*, del mismo autor), tales como la omisión de los "Dietarios" catalanes, entre los que recuerdo el de la Generalidad (asombrosamente inédito todavía, a pesar del extraordinario interés de su contenido); el pintoresco "Dietari de Safont" (conservado en la Biblioteca Central de Barcelona), tan lleno de peregrinos detalles sobre la segunda mitad del siglo XV y particularmente el período de las guerras de Juan II en el Principado, y los diversos dietarios del "Antich Consell Barceloní" (conservados en el Archivo Histórico Municipal de Barcelona, y alguno de ellos publicado a fines del siglo pasado). También he podido notar la omisión de ediciones (pos-

teriores a 1927, fecha de la última edición de las *Fuentes*) del "Dictari del Capellá", de Alfonso V, por Sanchís Sivera, y de "La fi del Comte d'Urgell", por Javier de Salas, con datos que completarían los utilizados por el Sr. Sánchez Alonso. Acaso sería también deseable una mayor atención a la historiografía portuguesa, para la que ciertamente suministra excelentes materiales Ferrao en su *A teoria da Storia e os progressos da Storiografia scientifica* (Coimbra, 1922), pero conviene hacerlos asequibles al investigador español.

Todas estas salvedades no restan mérito alguno a los considerables resultados obtenidos por el Sr. Sánchez Alonso en su *Historia de la Historiografía española*, digno complemento de sus beneméritas *Fuentes de la Historia*. Tales obras son el resultado de muchos años de trabajo y su utilización es indispensable para nuestros investigadores.

V. GENOVÉS.

ROHDEN: *Esplendor y ocaso de la diplomacia clásica*. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1942.

Tal vez la contribución más decisiva para la Historia que trajo consigo el racionalismo fué la creación, en el antiguo marco de la cultura europea, del Estado moderno. Naturalmente, no surge éste de la noche a la mañana, sino que en los años de la baja Edad Media se observan numerosos antecedentes de esta nueva organización política que iba a ser protagonista principal de la vida europea en el transcurso de los siglos XVII y siguientes. Tan distinto es este nuevo ser político, sin embargo, de las formas habidas antes de él, que no pueden en rigor confundirse, y cada vez más se tiende a llamar Estado sólo a esa organización que se generaliza en nuestro continente coincidiendo con la difusión del racionalismo.

El Estado es la gran máquina, el formidable artefacto inventado por la razón humana para la empresa de gobierno, moviéndose en la esfera immanente de la naturaleza humana, sin apelación a principios o valores trascendentes. El Estado es el

gran intento de gobernar racionalmente a los hombres, sujetos de razón y pasión a un tiempo, utilizando para ello reflexivamente los mismos resortes irracionales del hombre y la sociedad; pero, eso sí, volvamos a repetirlo, manejados según recomienda un conocimiento racional de los mismos. Cuando Spinoza comienza su *Tratado político* nos afirma: "para aportar a este estudio la misma libertad de espíritu acostumbrada en las investigaciones matemáticas, he cuidado de no despreciar las acciones de los hombres, ni llorar sobre ellas, ni detestarlas, sino reducirlas a un conocimiento verdadero; por tanto, he considerado las acciones humanas tales como el amor, el odio, la cólera, la envidia, la soberbia, la piedad y los demás movimientos del alma, no como vicios, sino como propiedades de la naturaleza humana: maneras de ser que le pertenecen como el calor y el frío, la tempestad, el trueno y todos los meteoros son propios de la naturaleza del aire".

Este racionalismo, desvinculado realmente de valores, que hasta los afectos del alma quiere entenderlos como objetos de medida, se encuentra con una pluralidad de Estados existentes en la esfera de la política. El desmoronamiento del *Imperium mundi* que concibió la Edad Media ha dado lugar en torno a las diversas dinastías a la formación de estos nuevos entes estatales. Estos Estados múltiples van a ser los elementos simples con que el racionalismo intenta tejer la historia. Su condición objetiva les hace perfectamente reductibles a un juego político *more geometrico*.

La finalidad racional de este juego político tiene un nombre: la seguridad. Esta se expresa formalmente en la monarquía y se manifiesta, hacia el interior, en la idea del poder objetivo del Estado mantenedor del orden y, hacia afuera, en el equilibrio. Pero para asegurar ese doble fin hay que contar con que existen resortes irracionales que hay que conocer como se llega a conocer un objeto matemático, con el fin de saberlos manejar para que no rompan aquella seguridad. Para que esos resortes, que mueven la desmesurada voluntad de expansión de algunos Gobiernos en ocasiones, no destruyan el orden inter-estatal hay que contar con un fino y preciso instrumento: la diplomacia.

Esta concepción es la que da origen a la diplomacia clásica sobre la cual Rohden ha escrito un libro verdaderamente espléndido. "El diplomático —afirma agudamente Rohden— no puede llegar a convertirse en parte integrante de la vida política hasta después de que el Estado desaloja la idea del Imperio en la conciencia general. Diplomacia y sistema de Estados se condicionan recíprocamente." Unida a la esencia del Estado, la diplomacia es un dato fundamental para determinar la naturaleza de aquél. De este modo, el libro de Rohden es, quizá ante todo, una obra de ciencia política, y la ausencia de los problemas a que se refiere en los tratados al uso sobre el Estado demuestra hasta qué extremo esa ciencia política se ha movido dentro de una limitadísima, vacua e irreal concepción del ser político que era su objeto de investigación.

La diplomacia clásica tiene su momento propio en el sistema de los Estados absolutos, en el que los monarcas y sus ministros ilustrados tienen la pretensión de tratar la política de sus países según los dictados de la objetiva razón de Estado. "El Estado —dice Rohden— se ha convertido de tal manera en un fin en sí mismo, que sus órganos sólo obedecen al mandato de la razón de Estado, tan alejada de las "pasiones" de las masas populares como de los "caprichos" momentáneos de los soberanos."

Es la época racionalista de la armonía preestablecida, de las mónadas, de la concepción del mundo como extensión y movimiento. Es decir, la época que han hecho posible Descartes, Hobbes, Leibnitz, la época de los segundones del racionalismo que inició la generación de Fontenelle. La confianza con que se apoya en estas creencias la política y la diplomacia del Estado absoluto está representada inteligentemente en el libro de Rohden por la figura del canciller austriaco Kaunitz.

Pero todavía en los últimos años de esta gran figura europea sobreviene el inmenso drama histórico que transforma la situación del Continente: la revolución de 1789, que va a derribar el sistema de los Estados absolutos y su diplomacia. La revolución significa la precipitación del racionalismo del orden ilustrado y aristocrático en el sentimiento de la libertad popular. Frente a la razón objetiva del Estado se alza el sentimiento nacional de los pueblos que despierta en las guerras napoleó-

nicas. Cuando Napoleón sea derribado, todavía intentará la diplomacia clásica mantener el sistema de Estados en equilibrio, y esta tarea proporciona sus grandes dimensiones a la figura de Metternich. Rohden estudia las fases de este intento —el Congreso de Viena, la Restauración borbónica, la Santa Alianza, la política de expansión económica inglesa, la monarquía de Orleans, la guerra contra Turquía y, al final, la revolución de 1848, que rompe definitivamente toda posibilidad de concierto europeo tal como hasta entonces había sido planteado. Y cabría decir que vamos viendo al desnudo la esencia del Estado a través de la profunda emoción histórica que volvemos a vivir al leer este libro y que vemos culminar en la firme y noble afirmación de Metternich, ya octogenario y naufrago en la marea ascendente de la burguesía liberal y nacionalista: “yo soy una roca del orden”.

Por los años en que se hunde el sistema de este canciller imperial la formidable mente de Augusto Comte está empeñada en la empresa de lograr la síntesis del orden y del progreso. Un siglo después, en esa síntesis sigue estando quizá el destino de Europa, y por estudiar con profundidad e inteligencia grandes cómo llegó a plantearse en nuestro viejo e inquieto Continente este problema medular del Estado, tiene hoy para nosotros extraordinario interés el libro de Rohden.

J. A. M.

HOGBEN, LANCELOT: *La Matemática en la vida del hombre*. Barcelona, Iberia. J. Gil, editor, 1941; 832 págs.

La traducción al español de la famosa obra de Lancelot Hogben, *Mathematics for the Million*, ha recibido un título menos significativo y no muy adecuado: *La Matemática en la vida del hombre*, que más bien respondería, no sólo literalmente, sino también por su contenido, a obras del tipo de la de Forsyth: *Mathematics in Life and Thought*.

El de Hogben forma parte de un numeroso grupo de libros que han nacido, en diversos países, con el propósito de iniciar

en las matemáticas a los que tardíamente han de acudir a las mismas en busca de auxilio para otras técnicas o por simple anhelo de saber. Y es quizá Inglaterra el país en que más desarrollo ha tenido esta literatura. Baste recordar, además de los nombres ya citados, los de Rice: *The Nature of Mathematics*; Brodetsky: *The Meaning of Mathematics*; Dantzig: *Number*; Whitehead: *An Introduction to Mathematics*. Se debe esto, sin duda, a que un apego extraordinario a la tradición en materia docente (recuérdese que los *Elementos*, de Euclides, ligeramente retocados, son el texto oficial para la enseñanza de la Geometría en su grado medio) ha impedido la introducción de métodos más racionales, que al facilitar la comprensión de las matemáticas en la enseñanza media habrían hecho innecesario el recurso a estos expedientes tardíos.

Como entre nosotros, aunque debido a otras causas, es bajo el nivel general de los conocimientos matemáticos, hemos de saludar con alborozo la aparición en nuestro idioma de esta obra, en la que acomete el autor su difícil tarea divulgadora en una forma llena de encanto, demostrando que aun cuando no pretenda hacer erudición, la posee en alto grado. En sus manos las matemáticas dejan de ser una lógica fría y puramente formal para convertirse en algo vivo, en constante conexión con los problemas reales, explicándose al lector cuál ha sido la causa que ha hecho nacer las que parecen abstractas elucubraciones de gabinete. Más aún, Hogben acude a la Historia para demostrar, con tenacidad digna de todos los elogios, cómo se esterilizó el saber matemático siempre que sus cultivadores le desposeyeron de sus aplicaciones prácticas. El ejemplo máximo, el de la escuela pitagórica, suministra a nuestro autor aleccionadoras y curiosas enseñanzas.

Para el economista no versado en matemáticas la obra es de un interés indudable, pues le permite alcanzar una serie de conceptos que le son imprescindibles para sus estudios. Puede adquirir soltura en el manejo de los gráficos cartesianos, imprescindibles en cuanto trate de estudiar una curva de demanda o una estadística; adquirirá una noción exacta, aclarada por numerosos ejemplos, de lo que es una función; podrá ejercitarse en el manejo de los logaritmos, descifrando al propio tiempo su

teoría, necesaria después para el estudio de las elasticidades de demanda y oferta, por ejemplo. Los conceptos de derivada e integral, fundamentales en cuanto se trata de hallar valores marginales o medios, respectivamente, se exponen con absoluta precisión y claridad, aunque no se refieran nunca a ejemplos relacionados con la economía; hasta se podrá llegar a la técnica de la derivación en sus casos más simples. Es lástima que por no estudiarse las funciones de varias variables no se puedan alcanzar, con esta lectura, ideas sobre las derivadas parciales, que conducirían a hacer posible el estudio de las curvas de indiferencia, de la producción conjunta, del monopolio y de tantos otros problemas que sin su conocimiento no pueden plantearse concretamente.

Solamente dos reparos hemos de poner al desarrollo de las teorías citadas: el primero, que se emplee como imagen gráfica para explicar los números imaginarios la de suponerlos situados perpendicularmente al plano de los números reales, lo cual puede conducir a errores; aunque, sin que sirva de disculpa, una imagen más inexacta todavía se emplee en alguno de los libros de cálculo infinitesimal más difundidos en nuestra enseñanza superior. Al segundo le llamaríamos una falta de rigor, si Rey Pastor no hubiera dicho que "en matemáticas no caben grados en el rigor: las cosas son ciertas o falsas". Se trata de la derivación de series término a término, sin decir en parte alguna que es precisa la convergencia de la serie derivada (página 653). Este procedimiento llevaría en muchos casos, de no tenerse en cuenta aquella condición, a resultados totalmente falsos; y si los trabajos de Cauchy, al ser presentados en la Academia, hicieron huir despavorido a Laplace para comprobar la convergencia de las series utilizadas en su mecánica celeste, creemos que a todos nos ha de preocupar la utilización correcta de las series.

Un último capítulo sobre estadística introduce en el cálculo de promedios y de índices, después de enseñar las bases del cálculo de probabilidades sobre que se asientan, haciendo aplicaciones útiles a cuestiones demográficas, como las tasas de mortalidad, y a la distribución de rentas, y llegando hasta la definición del coeficiente de correlación para aplicarlo precisamente

a encontrar la que existe entre el paro obrero y el número de matrimonios. Este capítulo lo juzgamos, no obstante su interés, el peor logrado de la obra; queda muy por debajo de los restantes en claridad y sobre todo en amenidad, y además se hacen en él afirmaciones no muy exactas en cuanto al alcance filosófico y práctico de la estadística. No es cierta la afirmación (página 754) de que la curva de Gauss sólo representa la distribución de los errores de un experimento muy malo, "los resultados del tiro al blanco por un inexperto"; representa exactamente igual, interpretada debidamente, los del mejor experimento, las punterías de un campeón de tiro. También se afirma algo a la ligera (pág. 752) que "la teoría de los errores tiene poquísimos papel en la práctica de la investigación en los laboratorios científicos". Hay ciencias, como la agricultura y la genética, cuya experimentación se basa totalmente en la estadística, y es este un hecho que no debía ignorar un compatriota de Pearson y Fisher. En resumen, todas las apreciaciones críticas hechas entre las páginas 750 y 755 pueden considerarse de escaso valor. Remitimos al lector interesado en estas cuestiones el librito de Borel: *Le Hasard*, o, si domina la técnica matemática, a *La portée philosophique du calcul des probabilités*, del mismo autor, o al Tratado de Paul Lévy, si quiere obtener un conocimiento exacto de los límites en que pueden emplearse las consecuencias obtenidas por métodos estadísticos.

Salvadas estas pequeñas lagunas, creemos que este libro es de utilidad extraordinaria para todos aquellos que, con una inteligencia clara, se han sentido incapaces de comprender las matemáticas, probablemente por habérselas presentado de manera antipática e ilógica. El método genético e histórico seguido por Hogben es seguramente el más adecuado para la enseñanza, y no es otro que el propugnado por el famoso autor del "Programa de Erlangen" (Félix Klein: *Matemática elemental desde un punto de vista superior*): Hacer la enseñanza psicológica, no sistemática. La obra reseñada tiene, además, el mérito de lograr con un empleo constante de los gráficos el desarrollo de la intuición geométrica, tan esencial en las matemáticas, y el de suprimir los compartimientos estancos, frecuentes en las obras de corte antiguo, que hacían separar cuidadosamente la geometría

plana de la del espacio, ambas de la aritmética y ésta del álgebra y cuidaban que todas estas ramas no rozaran siquiera con el cálculo infinitesimal, aunque empleasen los métodos de éste, con la desventaja de disfrazarlos de tal modo que los hacían incomprendibles.

Consigue, además, destacar las conexiones íntimas de unas teorías con otras, que a primera vista pudieran parecer desligadas, y facilita a los que se dedican a la enseñanza de la Matemática en sus grados elemental y medio una cantera de recursos para hacerla atractiva y orientarla en un sentido útil y formativo.

A. ANÓS.

PÉREZ DEL PULGAR, S. J. (P. J. A.): *El concepto cristiano de la antarquía*. Madrid. Publicaciones de "Anales de Mecánica y Electricidad", 1941, 97 págs.

Con los materiales reunidos en este folleto, recopilación de tres conferencias pronunciadas por el P. Pérez del Pulgar ante la Asociación de Alumnos del I. C. A. I., hubiera podido muy bien elaborarse un libro de muchas páginas. Pero un temperamento rigurosamente científico como lo era el del autor prefirió prestar un servicio a la cultura nacional y particularmente a las personas interesadas en los estudios económicos, explicando sucintamente una serie de procesos tecnológicos de sumo interés actual, que serían de difícil acceso para el no especializado en ciencias físico-químicas, mostrando al propio tiempo su significación para la economía nacional.

Trátase de poner de manifiesto cómo la ciencia va, poco a poco, rompiendo los monopolios de las materias primas, destruyendo así un arma eficaz para el predominio económico de algunas potencias, y trátase también de incitar a la juventud española para que se entregue a la tarea ingrata, pero llena de promesas, de la investigación científica, encaminada a terminar con la dependencia económica, que "trae consigo, como consecuen-

cia inevitable, la dependencia militar y política y, tras ésta, la dependencia cultural y hasta ideológica”.

La exposición del P. Pérez del Pulgar es clara, amena y muy documentada. Al planteamiento del problema, que el sabio jesuita realiza con el patriotismo y sentido cristiano que caracterizan toda su obra, nada cabe objetar desde un punto de vista exclusivamente técnico. Desgraciadamente, al economista no le basta que la técnica descubra sucedáneos. El problema consiste, para él, en tratar de acoplar los factores productivos, que son siempre limitados, por muy grande que sea el potencial económico de una nación. Y ha de investigar si la fabricación de un sucedáneo obliga a prescindir de otras producciones; por ejemplo, al exigir aquélla una mano de obra cualificada, que ha de restarse a otras industrias.

Hoy día es ya del dominio público que la autarquía sólo se plantea como una solución para hacer frente a la presión política y económica que ejercen en un momento histórico las potencias que ostentan la hegemonía, y a las que tan certeramente alude el P. Pérez del Pulgar. Pero, en definitiva, es preciso no olvidar que el gran problema de la independencia nacional rebasa los límites de lo económico.

J. A. PIERA LABRA.